turias están los cántabros, cuyas ciudades mediterráneas son Concana, Otaviola, Argenomescum, Vadinia, Vellica, Lamarica, Juliobriga y Moreca: ansí que, de ciudad de Cantabria no hay mencion.

Dice mas en el mesmo capítulo: que Escipion Africano destruyó á Numancia, porque en el primero belo púnico ayudó á romanos, etc. Quien leyere á Tito Livio, y á Plutarco, y á Polibio, no hallará mencion de Numancia en la primera guerra púnica ni en la segunda, sino despues de la tercera. Fué la primera guerra púnica á cuatrocientos y setenta y tres años de la fundacion de Roma, y duró veinte y tres años. Comenzó la segunda guerra púnica á quinientos y treinta y tres años; acabó á quinientos y cincuenta años. La tercera comenzó á seiscientos y seis años de Roma fundada, y cincuenta años y mas despues de la segunda guerra. Ansí que, Numancia no fué nombrada en el primero belo púnico, ni mostró sus fuerzas en el segundo ni en el tercero, sino despues en la guerra Celtibérica; ni fué vencida de Escipion Africano, sino de Escipion Emiliano. Dice mas: que Graco, capitan romano, destruyó á Histobriga, porque dende allí le hacia guerra Viriato. Ni Graco fué en tiempo de Viriato, sino en tiempo de Escipion Africano el mayor, segun paresce por Plutarco, en la Vida de Escipion Africano, ni Graco peleó con Viriato, sino Marco Vetidio, pretor; y despues Gayo Plancio, y Claudio Unimano, y tras él Quinto Fabio, procónsul, y finalmente Servilio Çepion; cuyo tiempo y por cuyas insidias fué muerto Viriato: ansí que, nunca con Viriato peleó Quinto Sempronio, Graco, ni Junio Bruto el gallego.

Dice mas en el capítulo segundo de esta mesma historia: que teniendo los Pompeyanos cercada á Histobriga, que es Nebrija, etc. Si Histobriga es Nebrija, ¿cómo es cabe Mérida, segun dijo en el capítulo pasado? Porque Mérida está en Extremadura, cerca de Guadiana, y Nebrija en el Andalucía, á los esteros de Guadarquivir; aunque creo que en este lugar, con la calor de la invencion, por escrebir Itálica, escrebió vuestra Señoría Histobriga; pero aunque eso sea, ¿cómo en este capítulo Itálica es Lebrija, que en el pasado estaba cabe Sevilla ó á los caños de Carmona? Lo que mas me cae en gracia es, que alega por autores á Filostrato, en la Vida de Apolonio, y á Filon, en las Academias, y á Plutarco, en la Vida de Trajano; de los cuales oso decir que nunca escribieron palabra desto; porque yo lo he buscado renglon á renglon, digo, en Filostrato y en Plutarco; que en alegar hoy las academias de Filon, es alegar la segunda y sexta década de Tito Livio, para cuando parescieren; ó lo que acaesció estando yo opuesto á una cátedra en esa universidad de Valladolid, que mis contrarios, por favores, créese cogieron de toda Campos sacristanes y personas que nunca habian estudiado, y examinándolos los señores y diputados, y preguntándoles qué habian oido aquel año en aquella universidad, respondieron que habian oido las epístolas de Virgilio y los comentarios de Tulio; y preguntados que de quién estaban glosadas, respondieron que del cura de su lugar.

Item mas: dice que los de Mérida son los mirmidones, y los de Trujillo son los ricinos, etc. Los mirmidones, pueblos son en Tesalia, que segun las fábulas, en tiempo de Céfalo, de hormigas se hicieron hombres. Los ricinos, garrapatas son de perros, y no pueblos en España; pero eso pídanselo á vuestra Señoría los de Mérida y los de Trujillo, que los hace á unos hormigas y á otros garrapatas. No quiero pasar mas adelante, porque yo me canso, y no sé si hago servicio á vuestra Señoría; que si pensase que le hacia, correria por las otras obras en que hallo muchas cosas dignas de la pluma de Filoxeno, especialmente en el gran Marco Aurelio; pero porque sé que á este tiene vuestra Señoría por sacrosanto, como los troyanos á su Paladio, no quiero aquí ser Ulíses, ó como dice Varron, Sexculíses. Una cosa suplico á vuestra Señoría, me haga saber en qué parte del Pentatéuco manda Dios que el pobre que no tuviere cabra que ofrescerle, ofrezca los pelos de la cabra, como vuestra Señoría lo dice; porque yo en todo el Testamento Viejo lo he buscado, y no lo he podido hallar; y si ansí es, resciba vuestra Señoría esta lana caprina de mano deste pobre su siervo; que pues no tiene posibilidad para ofrescerle cabra, que es ofrenda de aguda vista, le ofrezco estos pelos de cabra, digo, don de tan gruesa trama.

FIN DE LAS CARTAS DEL BACHILLER PEDRO DE RHUA.

EPISTOLAS FAMILIARES

DEL PADRE FRAY FRANCISCO ORTIZ (*).

EPISTOLA PRIMERA.

A una hermana del autor, en respuesta de otra que ella le escribió, en que le enviaba á pedir instruccion para su vida.

Muy amada y en Cristo señora Hermana: Jesucristo nuestro Señor, luz de los que le siguen, y misericordia de los que le temen, y gozo de los que le aman, os inflame en su divino amor y os dé á gustar cuán suave es, y os haga una mesma con él, y os enseñe á hacer su santa voluntad, amen. Importunáisme con vuestras cartas que os instruya en el aparejo que debeis tener para que la muerte os sea fin de muerte y puerta de vida eterna, y que os diga yo cómo habeis de servir á Dios. Retráeme de obedeceros, así el ver que la razon no sufre que yo quiera ser maestro ántes que sea buen discípulo, como el saber que lo habeis menester: yo no basto á darlo, aunque con su gracia baste á decirlo. No pienso que os diré lo que no sabeis, sino que si entrais en vuestra alma, la verdad eterna de Dios, que da aldabadas y habla dentro, os enseñará lo que, si obrásedes, cresceriades con gran priesa de virtud en virtud; porque no

(*) Son muy escasas las noticias que tenemos de este ascético escritor y consumado hablista. Solo sabemos que fué natural de Valladolid y religioso profeso en la órden de San Francisco; que adquirió fama de gran predicador, y que en sus últimos años se retiró á un monasterio de su religion, en Torrelaguna, donde compuso varias obras en latin, todas de sólida y piadosa doctrina, y escribió las devotas cartas que insertamos aquí, sacadas de la edicion de Zaragoza, 1552, libro que ha llegado á ser rarísimo. D. Nicolas Antonio cita otra edicion del mismo año, hecha en Alcalá, y otra de Zaragoza, hecha en 1592, en 4.º; pero es probable que la primera de estas dos y la que nosotros tenemos á la vista sean una misma. Estas cartas, como sus demas obras, se publicaron por diligencia de un hermano del autor, despues de su muerte, ocurrida por los años 1547. Dice así la portada de la edicion citada de 1552:

Epístolas familiares del muy R. P. Fr. Francisco Ortiz, preclarísimo predicador de la órden de Sant Francisco: enviadas á algunas personas particulares. Las cuales son de muy santa y provechosa doctrina y mucha erudicion.— Contiénense juntamente en este volúmen algunas otras obras del mesmo padre, no ménos provechosas, como en la tabla se declara. — Dirigidas al Ilmo. Sr. D. Joan de la Cerda, duque de Medinaceli, conde de la villa del Puerto de Sancta María, señor de Cogolludo y su marquesado, y de las villas de Arcos y Luzon, Ciguela y Barabona etc.— En Zaragoza, en casa de Bartolomé de Nágera, año de MDLII.

De las veinte y tres epístolas del P. Ortiz que contiene esta edicion, hemos suprimido tres, que por su mucha extension y la aridez de su argumento no pueden considerarse como tales cartas, siendo mas bien discursos ó tratados especiales sobre diversas materias. Las cartas que hemos suprimido son: la 1.ª, dirigida al arcediano de Medina, *en que declara las condiciones que ha de haber en la limosna para ser entera y cumplida*, fecha en 4 de octubre de 1535; la 3.ª, dirigida á D.ª Isábel de Silva, hermana del conde de Cifuentes, *en respuesta de otra suya en que le envió á pedir le declarase la causa por que se canta con tanta solemnidad el dia de Santo Tomé el antífona que comienza: Nolite timere*, fecha en 23 de febrero de 1540; y la 4.ª, que de ningun modo es una *epístola*, sino simplemente una *Instruccion para los jueces*, que es el título que lleva, no tiene fecha ni se declara á quién va dirigida.

En el prólogo de estas cartas se lee un notable y muy justo elogio de su doctrina y alto estilo. Despues de decir que las buenas cartas son lectura muy provechosa y ademas un retrato moral del que las escribe, añade: «Y »aunque otro ejemplo de esto no tuviéramos sino el de »nuestro P. Ortiz, bastaba para creer lo dicho. El cual »allende que compuso otras excelentes obras con grandi»simo ingenio y curiosidad y prudencia; de las cuales se »le siguió mucha gloria y grande provecho á la cristiandad; »pero no hay cosa donde mas se muestre la grandeza de »su ingenio y santidad de su vida que en estas Epístolas. »El cual retraido en aquel rincon de Tordelaguna, el cual »para mayor gloria suya le fué dado, salido de las turba»ciones del mundo, apartado del golfo de los vicios, des»viado del ruido del siglo y de sus tráfagos y trapazas, »puesto todo en divinas contemplaciones, metido en aque»lla pequeña morada, adonde lo mucho que habia sabido, »despertado con aquel grandísimo silencio, desplegó de »tal manera las alas de su divino entendimiento, que ayu»dadas por el aliento de Espíritu Santo, el cual por sus »santas obras habia merescido, nos dió á entender clara»mente, como quien por experiencia de tantos años lo sa»bía, en qué consistia nuestra bienaventuranza, y cuál sea »el verdadero camino para ella. Lo cual verá quien todas »sus epístolas leyere, viendo en ellas pintado un tan subido »contentamiento de pobreza, un arrepentimiento extre»mado, un temor nascido del conoscimiento de sí y de »Dios, un grande regocijo, engendrado de sus virtuosas »obras; finalmente, un alma gloriosa, toda á la voluntad di»vina subjectada. Lo cual todo declara en estas Epístolas »con tan subido y excelente estilo, que no habrá corazon »tan endurecido, que no sienta enternecerse leyendo cosas »tan admirables, pintadas con una soberana elocuencia; »que cuando otra cosa no tuvieran sino la policía de nues»tra lengua, los que le son aficionados estarán obligados á »no dejarlas de la mano.»

A nuestro juicio el P. Ortíz es uno de los puros y elegantes escritores del siglo XVI. Adolece algo de la pedantería y prolijidad propias de aquel tiempo; pero su frase es castiza y su estilo noble, conveniente y exento de toda afectacion.

mintió quien dijo: Obra el bien que entiendes, y vendrás á entender lo que no entiendes. Convídame por otra parte á hablar, el ver que con tanta humildad y deseo de obedescer á Dios y obrar lo que de su parte se os dijere, y con tanta fe me escrebis y con instancia rogais que os escriba, que me puedo llamar constreñido á obedesceros, por ver que vuestro deseo es dado de Dios y es para ir á Dios. Y como yo os ame tan entrañablemente en Cristo, y cada dia con tanto cuidado os encomiende á su Majestad, y con tanto deseo codicie que vos le ameis y poseais, que con su gracia daria la vida por este fin, esme muy lijero tomar el trabajo de escribiros lo que yo para mi alma deseo, por esperar el fruto de vuestra obra, y que redundará en honra y gloria de mi Dios. Y pongo por órden las siguientes consideraciones, que todos debemos tener.

La primera es, que pensemos que mas falta hay de verdadera hambre espiritual en nosotros, que de pan de doctrina; porque predicándonos tan de contino cuanto Dios ha criado y escrito y inspirado, no hay quien justamente se pueda quejar de falta de doctrina, en especial despues que Cristo vino al mundo á partir y multiplicar este pan en tanto grado, que de los pedazos que los apóstoles cogieron, hay para que siempre sobre á mil mundos que fuesen; y hacemos tanta ventaja en el conoscimiento de Dios y de sus caminos á los que fuéron ántes que Dios encarnase, como el que camina con luz del sol al que camina con luz de pequeña candela. Y ansí llamó Sant Pedro á la doctrina de los profetas candela que resplandesce en lugar escuro hasta que amanezca; y como el agua del mar á la del arroyo; que ansí dijo Esaías: *Repleta est terra scientia domini sicut aqua maris aperientis*; quiere decir: Toda la tierra está llena de sabiduría de Dios, como agua de mar extendido. Mas aunque hay tanto y tanta agua, fáltanos hambre y sed, por la abundancia de los malos humores, que son nuestras propias voluntades y pasiones, que ocupan con tan grave enfermedad nuestras almas, que ya tenemos perdido el apetito y gusto, teniendo á las veces hastío del maná suavísimo, y suspirando por las ollas de Egipto, y teniendo lo dulce por amargo, y lo amargo por dulce; é ya que algo comemos, presto lo lanzamos; y si lo retenemos es en la memoria para saber parlar de Dios; que no desciende al estómago del alma, que es la voluntad, ni se digiere con el calor de la caridad, pues tan poco se nos pega. Y pues tan poco nos esforzamos, con lo que oimos, á andar diligentes por el camino de Dios, y hasta que estémos bien purgados de nuestros malos humores y dejemos muy de véras nuestras ruindades, no sabrémos qué cosa es tener aquella verdadera hambre que merece ser llena de bienes, segun que la sacratísima Madre de Dios lo cantó en la *Magnificat*. Y no quiero que penseis que solamente llamo ruindades los groseros pecados, que cualquiera ciego los sentirá; mas todos cuantos apetitos y pundonores y sentimientos hay en nuestra alma, que cotejados con la regla de la voluntad del Padre y de la vida de su benditísimo hijo Jesucristo nuestro Señor, y de lo que el Espíritu Sancto inspiró para ser obrado y predicado y escripto de su Iglesia apostólica, se hallaren discordar y tener olor de mundo; y aunque estén mas encubiertos de celos y colores y falsas luces del que se transfigura en ángel de luz, tened que son ruindades y malos humores que impiden la verdadera hambre del alma; y aunque todos sean mortales, todos son perjudiciales y dañosos á la buena disposicion del alma, y la hacen andar descolorida y flaca, como á persona que tarde convalesce, y desganada y desabrida. Y así entended siempre que hablare de ruindades.

La segunda consideracion es, que no se debe tener por verdadera hambre ni por verdaderos deseos de Dios unos que nos parescen á nosotros que son deseos, cuando viéremos que no tienen eficacia para que el alma busque todos los medios necesarios para su remedio; porque entónces se puede decir: *Venerunt filii usque ad partum, et non erat virtus pariendi*; que quiere decir: Las madres no tienen fuerza de parir, aunque los hijos han llegado á los nueve meses. Y de las tales almas dice Cristo: *Væ pregnantibus et nutrientibus in illis diebus!* ¡Ay, dice Dios, de las que en aquellos dias estuvieren preñadas ó criaren á sus pechos! Que aquellos deseos cáusanse de que se siente el alma desasosegada en su ruindad, y Dios con misericordia la hostiga y llama por otra parte para sí; mas aquel llamamiento de Dios mas es manifestador del deseo que tiene Dios de mi bien, que del deseo que tengo de su honra y servicio. Y es una inspiracion que dice: *Adam, ubi es*? Adam, ¿dónde estás? al alma pecadora; y la hace mas digna del infierno, cuando no responde como debe. Y si quereis llamar los tales deseos, yo lo otorgaré con tal que sintais que son los deseos del perezoso, que dice el Sabio que le matan por su pereza; porque no son sino un parescerme bien lo bueno dende léjos; y si gimo por ello y si es amargura en mi captividad, es esa la amargura de que se escribe en el Exodo (*Exo.*, 1), que con las obras duras causaban los egipcianos amargura en los hijos de Israel que los sirvian. Mas no se lee haberles Dios oido hasta que, como se cuenta en el segundo capítulo, despues de muerto Faraon, el que entónces reinaba, gimieron, y entónces salió su clamor á Dios; en lo cual se significa que miéntras que el pecado reina en nuestra voluntad, aunque estémos tristes por él, no es aquella tristeza con la que Dios se aplaca; mas muerto el rey de Egipto, sube el gemido al cielo. Que los pecados son obras tan duras para el alma y tienen tan gran congoja consigo, que en alguna manera se puede llamar estrecho el camino que lleva al infierno, y ancho el del cielo. Aunque por el respecto que Cristo nuestro Señor dijo ser estrecho el camino de la vida, sea verdad soberana que no puede contradecir á lo dicho; porque aunque pone en muy estrecho á la carne, cuyos sensuales apetitos refrena, da grandes anchuras al alma, en especial cuando le ama; que de la tal declara Sant Augustin aquella palabra de Sant Juan: *Et mandata ejus gravia non sunt*; quiere decir: Sus mandamientos no son graves ni pesados. Que de verdad, tomar el yugo de Cristo es dejar los cinco yugos de bueyes que mercó el que por ellos, segun dice Sant Lúcas, dejó de ir á las bodas, y trocar carga muy pesada por muy lijera.

La tercera consideracion es, que pensemos que esta empresa de la vida eterna conviene tomalla muy á pechos, pues es justo ser en tal caso varones; que vemos que en el mundo si algun caballero toma alguna cosa por pondonor, perderá su estado por salir con su interese, porque lo toma por caso de honra; y aunque la cosa en sí valiese poco, por salir con su intencion trabajará hasta la muerte; y así, pues hay tan mayor razon, conviene que nuestra ánima se determine de tomar este pleito viejo que contra el demonio y sus hacedores, que son el mundo y la carne, tiene muy á pechos, y que se diga así con firmeza: O yo tengo de salir, con ser humilde y paciente, gran amador de Dios y despreciador de sí mesmo, ó morir sobre tal caso; que la muerte me será vida. Y así dice Sant Ambrosio, declarando aquella palabra: *Regnum cœlorum vim patitur, et violenti rapiunt illud*: que quiere decir: El reino de los cielos es combatido por fuerza, y los violentos se alzan con él; que como los ladrones salen al camino para hacer fuerza y robar al que pasa con grandes riquezas, así nosotros hemos de salir á Cristo, que es el camino cuanto hombre, y el riquísimo cuanto Dios, para tomar sus tesoros; mas la fuerza dice que no se ha de hacer al que viene los brazos abiertos y las manos llenas de celestiales riquezas, mas á nuestros vicios, acoceándolos y domándolos, porque nos estorban de poseer sus tesoros; y si, como dice Sant Pablo, con tanto cuidado corren todos por la joya temporal y corona corruptible, donde es cierto que no la lleva sino uno solo que sobre todos es aventajado, ¿qué cuidado se debe tener por la incorruptible, que á cuantos fielmente pelearen es prometida?

La cuarta consideracion sea, que aunque sea santa la osadía que nos da el amor para nos allegar á Dios y pedirle misericordia, debemos no olvidar una sancta vergüenza que la razon y justicia demanda que se tenga. Y pues que tantas veces hemos ofendido á una tan gran Majestad, cuando fuéremos á le pedir perdon y favor, no vamos con desvergonzado atrevimiento, como á quien tiene en poco sus llagas; sino con sentimiento de alma y con lágrimas y sospiros del corazon pidamos mas el perdon que con palabras. Y esta es doctrina de Sant Ambrosio, en el sermon cuarenta y seis, de la penitencia de Sant Pedro, donde dice que mas quiso Sant Pedro llorar su pecado, que hablalle; porque la desvergonza de pedir tan presto perdon no ofendiese mas que aplacase; porque mas presto suele merescer el perdon el que con mas vergüenza ruega. Y ansí da por doctrina que en toda culpa primero lloremos que oremos; y cierto es que quien bien entendiere la intencion de Sant Ambrosio, verá que él no quiere que haya tardanza en se confesar y pedir perdon el que pecó, mas quiere que lo pidan nuestras lágrimas y la mudanza de nuestra vida, que suenan mas que las solas palabras; y quiere que haya sentimiento de vergüenza en nosotros, y acatamiento delante una tan tremenda Majestad. Que no por estar Dios muy presto para perdonar siempre al que de verdad se arrepiente, da soltura para que tengamos en poco ofenderle, ni por ser él tan bueno, hemos de ser nosotros mas desvergonzados y malos; que con gran vergüenza iba el hijo pródigo cuando se arrepentió, y por dichoso se tuviera en ser admitido con los mercenarios; y por su bendita boca alabó Dios al publicano de que no osaba alzar los ojos al cielo; y la Magdalena con tan sancta vergüenza se prostró detras del benignísimo Jesú á sus piés; y toda la Escriptura está llena de semejantes ejemplos, que avergüenzan nuestra desvergüenza y poco temor.

La quinta es, que considerando los grandes beneficios que Dios nos ha hecho, temamos mucho viendo cuán mal respondemos á ellos; porque de verdad os digo que las mayores misericordias de Dios, que son haber encarnado, y muerto, y resuscitado por nosotros, y dársenos por manjar cotidiano; con las cuales suelen muchos tomar sobrada esperanza, ponen consideradas en los siervos de Dios grande y sancto y solícito temor; porque cuando yo veo cuántas cosas ha hecho por que yo le ame, y con cuánta verdad dirá: ¿Qué pude hacer, ó debia hacer á mi viña, que no hiciese? y que habiendo Dios buscado tantas artes para me enamorar de sí, aun yo porfío en ser duro de corazon, y no quiero seguir hácia el cielo al que vino en pos de mí hasta descender á los infiernos; y paresce que porfío á vencer con mis descuidos y maldades el cuidado que la bondad de Dios ha tenido de mi salvacion: razon tengo de temblar; porque sin dubda acertó el que exclamando dijo:

O bonitas, pietas, nostris bene provida rebus!
O pietas, bonitas, nostris male cognita seclis!
O bonitas, nostris tunc prope victa malis!

Que es: ¡Oh gran bondad y piedad, que no haces tú sino proveer á nuestras faltas, y nosotros no hacemos sino desconocerte! Oh bondad, que cuasi te vencemos nosotros con nuestra maldad! ¡No es de llorar que cuasi llevamos de vencida á la bondad de Dios! (Aunque todo lloverá sobre nuestra cabeza si no nos emendamos.) ¡Oh buen Jesú; y qué quiere ser esto, que no siendo vos contento de andar gobernando todo el mundo para que me sirva, y mandando á vuestros ángeles que me sirvan, aun vos descendistes á servirme y dar la vida por mi rescate, y os estáis acá con nosotros en el sancto sacramento para remedio de todos nuestros males, y entre tanto fuego estémos frios; que en parte paresce mayor milagro diabólico, causado por nuestra dureza, que no el quemarse los tres mozos en el horno de Babilonia lo fué divino! Quiero decir, que ni el horno estaba tan encendido cuan encendido se ha mostrado el amor con los hombres, por mas que se reveyó Nabucodonosor en que subiese la llama siete tanto mas que solia en alto; ni tanto es de espantar que Dios los guardase que no se quemasen, como es de espantar y abominar que tanto nos guardamos y desviamos de Dios; que clamando él: *Ignem veni mittere in terram: et quid volo nisi ut ardeat?* Quiere decir: Fuego es el que yo vine á traer al mundo; ¿y qué pretendo sino que se abrase? Nos estamos frios, y ateridos, y helados, y solo nuestro amor propio es el que tiene alzada la bandera contra Dios en nuestra alma; porque mas cuidadosos somos de cumplir nuestra voluntad que la de Dios. Justo es esperar en la misericordia de Dios, viendo lo que ha hecho por el hombre; mas esto se entiende procurando de tener el corazon aparejado para esperar, como el justo de quien dice David: *Paratum cor ejus sperare in Domino.* Aparejado, dice, está el justo para esperar en Dios nuestro Señor. Mas esperar siendo yo tan tibio en servir á quien tanto me espera, y estándome tan de espacio en mis ruindades, y pasándoseme tantos años sin crescer en su amor, é yendo atras mas que adelante, por sospechosa cosa lo tengo, si no se junta con la esperanza la emienda de la vida. Que de verdad creo que nuestras resistencias que ponemos á las grandes misericordias de Dios, fuéron las que le hicieron trasudar gotas de sangre en el huerto; porque no sin causa dice por el profeta: *Multum labore sudatum est, et non exivit de ea nimia rubigo ejus. Sed nec per ignem immunditia tua execrabilis: eo quod mundare te volui et non es mundata à sordibus tuis.* Con el mucho trabajo, dice, he sudado, y no salió de ella su mucho moho que

tiene. Mas ni aun metida en el fuego tu maldita suciedad salió; que quísete yo limpiar, y no fuiste limpiada de tus suciedades. Que paresce quejarse que ni sus trabajos, ni sus sudores, ni sus dolores, ni sus amores no me bastan á limpiar; porque aunque él quiere, yo no quiero, y por eso es mi fealdad aborrescible. Así que es justo que con temblor se piensen sus misericordias; y aquí os doy por consejo que siempre que pensáredes alguna obra de la vida y pasion de nuestro Redemptor, en la cual os conviene muy de contino ejercitar de dia y de noche, tengais muy solícito cuidado en aplicar con ardiente deseo á vuestras propias llagas todo lo que pensáredes, como quien pone sobre ellas un emplasto y ungüento confacionado del cielo por Espíritu Sancto, que poniéndole caliente con fervor de amor, obra por su inefable virtud maravillas en el alma; y no os contenteis con el solo ver y pensar en las medicinas que nuestro verdadero médico nos receptó y ordenó y obró, mas apretaldas mucho y perseverantemente con vuestras llagas, y usad á levantaros de cada una con sospiros del corazon y silencio exterior, para pedir á Dios el fructo de lo que pensais; porque á mí muy dulce cosa me paresce decir á Dios: ¡Oh Señor, por tu sancta encarnacion me descarna para que yo te adore y sirva en espíritu y en verdad, y con verdadera humildad me dispone y apareja para que participe yo vuestra deidad, pues os hicistes vos hombre por me hacer á mí Dios! ¡Ay de mi abominable soberbia, que aun os resiste y está yerta, viéndoos á vos tan inclinado, siendo justa cosa que á los gusanos mas viles me sujetáse yo, todo por amor de vos, que por mí tanto os abajastes! ¡Oh Señor mio, por vuestra sancta natividad os suplico que nazcais de nueva manera en mi corazon; y como os manifestastes á los pastores y reyes, esclarezcais mi alma ciega con nuevo rayo de vuestra luz, para que, destruida toda vejedad de pecado, se renueve mi ánima en toda virtud! ¡Oh mi buen Jesú, circuncidad vos mi corazon y mis sentidos de todo cuanto en ellos os es desagradable; quitá de mí todo cuanto me puede quitar de tí! etc. Y desta manera, y de otras muy mas vivas que el amor divino os enseñará, aplicad á vos toda su vida y pasion sancta, pues toda es vuestra; y cuanto fructo sacáredes de mi emienda de vida y augmento de virtudes, tanto haced cuenta que supistes bien pensar lo que él hizo y sufrió; que si yo pienso su humildad y su obediencia para me quedar tan vano como ántes, no supe allegar á mí la piedra viva, tomada sin manos de merescimientos del monte alto; porque su encarnacion fué pura gracia, no merescida, pues no ha caido con su toque la estatua de mis pecados; que cuando aquella piedra tocó á la estatua de Nabucodonosor, menuzos se hizo, que no quedó enhiesta.

La sexta consideracion sea, que pensemos que aunque Dios solamente nos dijera que nos daba licencia para le amar, se habia de tener por merced tan estimable que se hobiese acordado aquella inmensa Majestad de una cosa tan vil como el hombre, que por solo esto merescia ser loado y servido para siempre. Porque si vos pensais en qué estimaria una labradorcita, si un gran rey le diese licencia para que tratase con él en castos amores, y le diese con verdad esperanza de la tomar por esposa; entenderes, aunque de léjos, qué merced fuera dar Dios licencia á nuestras almillas rústicas, afeadas por el pecado, etiopianas, pobres, desnudas, y miserables y esclavas, para tratar con él en amores divinos, teniendo él en su celestial corte tan noble y rica y hermosa gente en la angélica naturaleza que él crió, que vienen todos haciendo mas de cient mil cuentos de reverencias á su llamado; y son tan humildes y de verdadero conoscimiento, que cuando Dios algo les manda, sienten y confiesan los mas altos serafines, que no son dignos ellos de sí mesmos de le servir; y se sienten por tan dichosos en ser mandados, que reciben por merced grande los ángeles, á venir á ser ayos de unos hombrecillos lodosos, cenicientos, llenos de basura y estiércol, y se humillarian á los gusanitos de la tierra, si Dios se lo mandase. Pues ¿qué dirémos, hombres tesos, rebeldes y duros de cerviz, que tenemos licencia de le amar, y no la estimamos? Que por ella habiamos de dar voces con David, y decir: *Domine, quis est homo quia innotuisti ei, et filius hominis quia reputas eum?* Quiere decir: Señor, ¿quién es el hombre para que vos os le manifesteis, ó quién es el hijo del hombre para que así hagais caso dél? ¿Qué dirémos, ciegos de nosotros, que añadiendo Dios merced á merced, no solo nos dió licencia para le amar, mas nos lo ha rogado, y mandado, y importunado, y dado su corazon por el nuestro, y voceado por ello, no solo por sus domésticos, mas por su persona, hasta morir en la cruz ronco, y sobre ello nos ha hecho tantas promesas, y tantos halagos y regalos, y contra los duros tantas amenazas, y procedido hasta descomulgar á los que le quitan y roban este corazon, que tan suyo es de derecho, aunque no de hecho? Y ya está la carta de descomunion sacada, y leida y pregonada por Sant Pablo, que dice en las postreras palabras de la primera carta que envió á los de Corinto: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema*; que fué como decir: Téngase por descomulgado y maldito cualquiera que á nuestro Señor Dios no amare. Y la candela de la vida se nos va acabando, y no hay un momento seguro; y en matándose la candela, no hay mas redempcion, y emperezamos en amar á quien tanto nos ama. ¡Oh ciegos de nosotros, duros mas que piedras; que en las piedras escribió el dedo de Dios su ley con su dedo y las piedras le fuéron en su pasion leales, partiéndose cuando él se partia, y el mundo se deseara acabar si licencia le dieran, y estáse nuestro corazon duro y rebelde, tirando siempre coces contra Dios y su ley! ¡Oh ciegos de nosotros, que anda el médico de vida á rogar á los enfermos que quieran ser sanos, y anda el ofendido (que con una seña que él hiciese á la tierra, nos tragaria vivos) á rogarnos que queramos su amistad, y no queremos quitar los embarazos que la estorban! Envíanos él sus embajadores de paz, y dice claramente Sant Pablo: *Pro Christo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos rogamus pro Christo, reconciliamini Deo*; quiere decir: Embajador soy de Cristo, y mis palabras son de tanto crédito, como si Dios os las hablase y amonestase; y es mi embajada, que os ruega Dios, y yo con él y todos los suyos os rogamos, que no le ofendais mas, sino que querais ser sus amigos y hagais paz con él; que en tal que querais, Jesucristo su hijo pagará por vosotros todos los agravios y daños que á su padre se han hecho. Y no queremos poner fin á nuestros males, ¡oh ciegos de nosotros! Espántase Sant Pablo, y dice en otra parte: *An emulamur Dominum, numquid fortiores illo sumus?* Que quiere decir: ¿Qué locura es la nuestra, hombres, en querer irritar á Dios y provocarle contra nosotros? ¿Somos por ventura mas fuertes que él, tenemos ejército bastante para resistir al que á Faraon, rey de Egipto, peleando con huestes de mosquitos y de ranas, le hacian, mal que le pesase, sentir que los mosquitos bastaban á humillar la dura cerviz que contra Dios se engreia? Cristo nuestro redemptor dice, en el Evangelio, que el que no puede salir al encuentro del rey que viene contra él, ni tiene diez mil hombres que basten á resistir al que viene con veinte mil, procura de enviar dende léjos sus embajadores que le rueguen por paz. Y como á nosotros, que no podemos, segun dice Job, responderle con uno á mil, convenga enviar con temor embajadores para le rogar con la paz, envíanos á nosotros Dios sus embajadores tan de léjos, que há millares de años que él dijo: *Non sæpe rogavi vos, sicut pater filios suos, et sicut mater filias suas, et sicut nutrix parvulos suos, ut essetis mihi in populum?* Decidme, dice Dios, ¿no os he mil veces rogado y halagado como padre á hijos, y como madre á hijas, y como ama á sus criados, que fuésedes mis amigos, y fuésedes mi pueblo, y me reconociésedes por vuestro señor y padre? Y no lo queremos oir. ¡Oh ciegos de nosotros, que bien de verdad digo que no queremos! pues tan tibiamente queremos, y tan arraigados y aposesionados tenemos en el alma á sus enemigos, que son nuestros proprios quereres, y tan lijeramente nos reimos al mundo, que no paresce sino que, como dice Isaías, *pepegimus fœdus cum morte, et cum inferno fecimus pactum*; quiere decir que hemos hecho alianzas con la muerte, y con el mesmo infierno hemos hecho paces.

La séptima consideracion sea, que los dones de Dios son tan preciosos, que por ese mismo caso, cuando son queridos tíbiamente, se hace el alma indigna dellos; porque, aunque vos tuviésedes grandísima voluntad de darme una piedra preciosa que valiese una ciudad, si viésedes que yo de tal manera la queria, que no la estimaba sino por pequeño don, so pena de ser mal mirada, no me la dariades, mas buscariades quien la estimase. Y ansí, con la tibieza que tenemos en estimar y amar á Dios y á sus dones, que nasce de nuestra gran ceguedad, nos hacemos indignos de los recebir. Y esta tibieza es una mala bestia, enemiga de todo bien y destruidora de toda fortaleza, que se traga todo el crescimiento del alma figurado en Josef, y hace pasarse los años largos con provecho muy corto. Y quien no se determinare á hacerle guerra capital con el favor de Cristo, y á la desterrar léjos de sí, tarde ó nunca saldrá de mucha pobreza espiritual. Y de verdad os digo que, aunque procurase el hombre de la vencer, solo por vivir en gran paz y alegría y contentamiento en esta vida, era justo darse gran priesa á la desechar del alma; porque yo creo que si dia bueno hay en la tierra y si gozo bueno hay en ella, no le tiene sino el que con fervor á Dios ama; porque al tal las adversidades le son prósperas, y las cargas que parescen pesadas le son alas; que aunque pesa mas el ave con ellas que sin ellas, con el peso de sus plumas vuela, y sin él no se levantaria del suelo; y el tal en tal manera llora por el largo destierro desta vida, por carecer de la presencia de su amado Jesú, que tambien para le servir se le hace corto todo el tiempo del mundo, aunque en cada hora le sacrificase con nuevo martirio la vida, resuscitando siempre para tornar á sentir por su amor nuevos dolores; que todo esto sabe que puede, en virtud del que le conforta. ¡Oh si nos acordásemos siempre de lo que Sant Ambrosio dice, en el libro de Josef, patriarca, donde determina que no se contenta con mi oro ni con mi plata, el que dió por mí su sangre; porque la vida y la sangre que él dió por mí, le debo; y aunque él no siempre me demande la paga, mas yo siempre tengo la deuda de resistir al pecado y celar su honra y gloria hasta poner la vida; cierto es que procurariamos de no amar con tibieza para estar aparejados á pagar tal deuda, y no volver las espaldas cuando fuese menester morir por él! Vale para este fervor del alma, ver el fervor que tienen los mundanos en la cosa de poco valor. Y cuando yo veo que está averiguado por comun sentencia de todos los sabios, que si toda la tierra se pusiese en el cielo estrellado, y le diese Dios el resplandor de una estrella, apénas se podria dende acá divinar, sino que paresceria un punctillo pequeñuelo; y cuando pienso las anchuras y realeza de aquella gran casa que Dios nos tiene aparejada, háceme la fe abominar á quien por una cosa tan pequeña pierde una tan grande; y háceme tomar grandes alas y alientos para buscar un tal reino, pues tengo tan gran accion á él. Y el mismo que ha de ser el juez, me ganó el derecho por su pasion, si yo por mi ingratitud y tibieza no pierdo título de tanta valía. Cuando yo pienso que si todos los estados de los reyes de la tierra se amontonasen en uno, no tendria quien todo el mundo mandase caudal para vestirse con todas sus riquezas terrenas, de tal arte que fuese juzgado por suficiente para mozo de espuelas del menor cortesano del cielo en la grande fiesta que allá se hace, sino que le desecharian como á grosero ensayalado y cargado de cisco y polvo; que allá no se usan sino ornamentos inmortales y mas claros que el sol; por una parte me rio de la locura que tienen los que tanta ansia tienen por el estiércol deste establo; por otra parte lloro la poca ansia que tenemos por los tesoros del cielo. Y hallo en este pensamiento espuelas para salir de varon, y aguijar con fervor tras Dios; en especial oyéndole que con deseado deseo desea él comer en aquella gran pascua con nosotros, y sentarnos á su mesa en su reino; que sin dubda este deseo le tiene él mayor que el que tuvo de comer la pascua legal con sus discípulos; porque este se ordenó para el otro. Cuando veo que él con una palabra crió el mundo, puede en un momento enriquescer mi alma; y veo que no le falta amor para ello, si en mí hay vaso; allégome á él, y emportúnole, y dígole que mire que soy ménos que cascarita de avellana cotejada con el mar, y que con una gotica me puede hacer bienaventurado y puede quitar mis embarazos, y suplícole que en la guerra cruel que mi maldad le hizo y hace, salga él por vencedor, y doy voces tras él, diciendo: Jesucristo, hijo de la Vírgen, venza tu piedad. Y canta mi alma con la Iglesia: *Ipsa te cogat pietas, ut mala nostra superes.* Quiere decir: Señor, vénzate á tí tu propia misericordia, para que tú con ella venzas nuestras maldades. Y pídole de buena gana los azotes que él viere que yo he menester para asesar y no ser mas niño en amar las niñerías desta vida, cuyas honras no son sino joguezuelos de mochachos, en tal que me dé su gracia para sufrir como valiente caballero cuanto él sobre mí permitiere. Cuando yo pienso cuántos años há que le he merescido el infierno muchas veces, y que con tan justa justicia me pudiera él tener allá, que diera con mi castigo á todos los del cielo ma-

teria para le loar y bendecir porque ansi castigó al soberbio traspasador de su ley; y veo que no quiso sino esperarme y perdonarme, no hallo con qué razon se me pueda hacer áspera alguna tribulacion presente, por larga y dura que fuese, y siento cuánta razon tuvo Sant Buenaventura en dar por general doctrina, que nunca se debe tener por agraviado en cualquier afrenta y desprecio que de sus prójimos reciba, quien á Dios ha ofendido; pues cuando le ofendemos, merecemos que todo el mundo se alce, y á pedirle contra nosotros en favor de su Criador. Y ansí se aveza el ánima á sentir aquella palabra que de Cristo se dijo: *Saturabitur oprobriis*; que es: Henchirán de baldones. Y ve que dan mas hartura y contentamiento al corazon los oprobrios del mundo, que las honras del mundo; si no queremos ser ciegos y sacarnos los ojos que Dios nos dió. Cuando veo con qué fervor sirvieron á Dios aquellos antiguos, cuya peregrinacion era mas prolija (porque vivian mas de quinientos y aun novecientos años), donde tenian mayores fatigas y ménos favores, que no tenian los vasos de gracia que poseemos en los sacramentos, ni las promesas tan cercanas, que mas de cinco mil años se estuvo Abel, con ser tan gran profeta, y confesor, y vírgen, y mártir, de esclarescida justicia, detenido en el limbo; y veo que mi jornada es tan corta y con tanta prisa volada mas que corrida, y que nunca mas tornaré á pasar esta carrera ni podré recobrar la hora que hoy perdiere; porque por bien que aproveche el dia de mañana, aquel dia se meresce todo el trabajo y fervor que en él yo pudiere tener, y lo perdido queda para siempre perdido; que pudiera ganar nueva gloria, que mientra fuera Dios, Dios, me durara; y veo los favores que tengo y las voces que todo el cielo y la tierra me da, y que va Cristo delante con la cruz á cuestas, y tras él innumerables millones de mártires, muchos de los cuales son niños y niñas tiernas y delicadas; y veo el cielo abierto, y que el mismo mundo me da voces á que no lo crea, y me pone delante sus mentiras y engaños que hace á sus amadores; paréscème que aunque nos llevase Dios por ruedas de navajas, habiamos de ir regocijados tras él, y desear ser hechos pedazos y menucitos por amor del que nos rehará de nuestros polvos, mas hermosos y esclarescidos que el sol. ¿Quién es tibio de huir de la casa que se abrasa? Veo que el apóstol Sant Júdas Tadeo manda en su carta, que como quien con gran priesa arrebata del fuego lo que mas ama, ansí procuremos de salvar, no á solos nosotros, mas á nuestros prójimos. Veo que Sant Pedro nos manda que *simus properantes in adventum diei Domini*; que aguijemos y corramos á recebir al Señor el dia de su entrada. Sant Pablo nos dice que *festinemus ingredi in illam requiem*; quiere decir que aguijemos á ir á aquel descanso tan sin pena de la gloria. Los pastores buscan con priesa á Cristo, y él mandó á Zaqueo, que con priesa decendiese de la higuera loca y infructuosa de su vana cobdicia. Todos se dan priesa tras Dios yo solo tengo de quedar rezagado; como cabra coja. Si tal soy, no quiero tener fiesta, sino decir con David: *Si dedero somnum oculis meis, et palpebris meis dormitationem, donec inveniam locum Domini*; quiere decir: Nunca jamas daré descanso á mis ojos, ni mis párpados se cerrarán con sueño hasta que halle y llegue al lugar del Señor. ¡Oh hermana mia en Cristo carísima! Qué de desvelarnos habiamos con cuidado y deseo de agradar á Dios y de le dar lugar quieto en nuestra alma sin ruido de vicios, y como clavo habia de estar hincado en el corazon el cuidado de agradar á Dios, y con sollozos de corazon habiamos de decir: ¡Oh! ¿cuándo te amaré? cuándo te poseeré? cuándo te serviré? cuándo te agradaré? cómo haré tu voluntad? cómo hallaré gracia en tus ojos? cómo podré aplacerte? Y sobre esto habiamos de conjurar al cielo y á la tierra, y dar voces sin cesar, como lo hacia la Esposa, en los Cantares, á las hijas de Jerusalen, por saber el rastro de su amado; y créeme, créeme, que nunca él se esconderia de quien con fervor y perseverancia le buscase, pues con tanto amor va él dando voces en pos de los que huyen dél. La dura batalla en este artículo es cuando él por secreto juicio hace que no oye, y disimula como con la Cananea, y deja al alma seca, sin zumo de devocion; mas si entónces yo le dijere con humildad: Señor, justo eres, y justísimas son tus justicias, que muchas veces tú me llamastes, y no te respondí yo, sino que me detuve en pláticas con las vanidades; justo eres y muy misericordioso, en que no me tienes puesto en la tierra del olvido perpetuo, donde están los dañados: sea bendita la paciencia con que sufres una cosa tan vil; que no merezco yo mentar tu glorioso y precioso nombre ni pisar tu templo sancto, aunque anduviesen mis ojos por el suelo. Ea, Señor, que agora es tiempo de misericordia, no desprecieis al que por vos suspira, no quiero vivir si no vivis en mí; si á vos mismo no me dais, tomáos todos vuestros dones, que no me hartan; no entra consuelo ni gozo del mundo en mi ánima, hasta que vos me le deis con vuestra presencia; velaré agora mas que nunca para tener limpia la posada para solo vos. Créeme, créeme, que cuando con perseverancia busca el alma á Dios, y con dolor que le halla, que un bien tan grande no se consiente buscar con tibieza; mas no lo hacemos, tristes de nosotros, y vámonos luego á buscar consolaciones de aire y temporales; y lo peor es que porque nunca gustamos de véras á Dios, tenemos en poco carescer de su gusto, y contentámonos y pensamos muchas veces que es consuelo, cuando tenemos muchas lágrimas que puede ser que nazcan de cabezas húmidas; y cuando se hacen las cosas á sabor de nuestra voluntad, tenemos que nos ha Dios consolado, y sobre falsas paces muchas veces armamos falsos gozos, como quiera que vengan sin examinar con discrecion del espíritu su raiz; que aquel es verdadero consuelo y nasce de cumplirse en nosotros lo que Dios manda, y de estar nosotros muy deseosos de su honra y gloria, y de que él sea obedescido y temido y amado por sí mismo de toda criatura. Que el manjar nuestro no ha de ser otro sino el que fué de nuestra cabeza, Cristo, que es hacer la voluntad de su eterno Padre, y perfecionar su obrar, procurando que esté muy lucida y bella la imágen suya que él puso en nosotros como en templo suyo. Y este atavío hácese con la luz de su conoscimiento, y mayormente con su puro y ferviente amor. Y qué cosa sea este amor ferviente, procuraldo de tener, y sabréslo; que el que lo posee, ese lo ve y sabe dar sus señas; mas señas son que no las entenderá sino el que tambien se siente llagado de la misma saeta aguda del poderoso y divino amor; porque el hombre bruto y sensual no entiende los negocios divinos. Dicen los que lo gustan, que el que con fervor ama á Dios, por igual

balanza pesa ser ensalzado con lenguas de los hombres hasta los cielos, y ser abatido hasta los abismos, cuando la conciencia de dentro está segura; y cuando yo tomo sabor en los loores humanos, y en que sea yo amado, y se haga de mí cuenta, y no me aplace quien me arguye de mis vicios, con justa aspereza doy testimonio de mi vanidad, y de cuán poco gusto el gozo de los sanctos, y cuán poco deseo que Cristo me alabe delante de su Padre y de sus ángeles, y cuán poco suspiro por estar en la memoria eterna, donde los olvidadores del mundo están escritos. Dicen que el que con fervor ama, nunca descuida para ofender, con título ó achaque de ser la culpa pequeña. Bien puede ser que caiga y ofenda, mas á lo ménos nunca tiene en poco su caida, ni llora poco las ofensas pequeñas; porque sin ser ciego para dejar de conocer cuál es culpa venial y cuál mortal, nunca tiene en poco las culpas que otros flojos se beben como agua; porque ve que lo que Dios no tiene en poco para pedir de una palabra ociosa cuenta delante del mundo universo en su juicio, no es justo que se tenga en poco del que ha de ser juzgado. Y de verdad os digo que, ansí como yo no me espanto por muchas veces que el pecador caiga, ansí abomino al que sus culpas tiene en poco; porque lleva camino de nunca emendarse. Dicen que el que con fervor ama, cuando conoce lo bueno y lo mejor, no se contenta con hacer lo bueno, mas el ferviente deseo le hace obrar lo mejor. Porque no se contenta con no pecar, mas quiere mucho agradar al que mucho ama. Dicen que el tal aborrece la vanagloria como á carcoma del alma, y gusano que destruye, y polilla que consume todos los bienes, de arte que no quede cosa que atesorar en el cielo; y por eso procura de andar siempre en el acatamiento de Dios, y traerle siempre presente; y ansí vive, como si él solo y Dios estuviesen en el mundo; y de tal manera procura de agradar á todos segun todo lo que Dios manda y quiere, que en lo demas no solamente no procura no agradar al mundo, mas ántes procura de le desagradar con gran instancia, como el patriarca Josef, que sabiendo que todos los egipcianos aborrecian á los pastores de las ovejas, mandó á sus hermanos que dijesen delante de Faraon en su palacio real: Pastores somos de ovejas, nosotros y nuestros padres; que la simplicidad que es locura acerca del mundo, y la humildad y pobreza, es sabiduría acerca de Dios; y lo que es alto acerca de los hombres, dijo nuestro Redentor que era abominacion acerca de Dios. Si yo á Dios con fervor amase, á él solo veria en todo lugar con tanta atencion, que por todo lo que paresce y bulle por de fuera, pasaria mi alma como por devaneo, y lo miraria como si ya no fuese; porque estaria mi contemplacion, como Sant Pablo manda, en lo eterno, que no se ve con el cuerpo; y aunque me diesen un novicio por perlado, mirando á Dios en él, le reverenciaria y obedeceria como al mas reverendo y discreto y antiguo padre; que esta gracia decia nuestro padre Sant Francisco que habia él alcanzado de Dios. Yo no digo lo que tengo, mas lo que los perfectos siervos de Dios tuvieron y tienen, y lo que nos conviene mirar para ver lo que nos falta y suspirar por ello. Y pluguiese á Dios que le amásemos nosotros con obra y con verdad, aunque nuestro amor no fuese tan perfecto; que á lo ménos, si de véras le amásemos, huiriamos de la murmuracion como de pestilencia, no solamente de hablarla, mas de oirla; acordándonos que aunque se le hace dificultoso á Sant Bernardo determinar quién pecamas, el que la habla ó el que la oye de buena gana, muy sin escrúpulo afirmó que el demonio estaba asentado, ansí en la lengua del que la habla, como en las orejas del que la oye. Si de véras le amásemos, huiriamos como del fuego, no solamente de ser lijeros á juzgar vidas y obras ajenas, mas aun de nos entremeter en lo que á nosotros no nos conviene; y siempre sonaria en nuestra alma aquella muy notable palabra que Cristo dijo á Sant Pedro: ¿Qué se te da á tí? Tú sígueme. Que con la primera palabra nos recoge, y aparta de todas las superfluidades en que vagueamos; y con el «tú sígueme», nos convida á la union del sumo bien. Este amor hase de alcanzar con pedirle como cualquier don celestial, que ha de venir de acarreo, y le han de mendigar los de la tierra. Mas esto es cierto, que ansí como el que lo tiene lo debe á la misericordia de Dios, ansí quien no lo tiene, lo ha de atribuir á su culpa; pues tan aparejado está Dios á darle á quien no le resiste. Y este pedir ha de ser continuo y con instancia; que por eso ordenó la santa Iglesia, que tan de contino se cantase en prima, y tercia, y sexta, y nona, el salmo en que empieza: *Beati immaculati*; que es: Bienaventurados los justos sin mancilla de pecado; y acaba en: *Erravi sicut ovis quæ periit*; que quiere decir: Yo he andado descarriado como oveja perdida del rebaño; porque todo él es un soliloquio del alma con Dios, en que nunca otra cosa hace sino pedir á Dios favor para entender, y amar, y guardar sus mandamientos; cuya suma está en la caridad. Y aunque usa de diversos nombres, que una vez dice camino, y otra vez, ley, y otras veces, testimonio, justicias, justificaciones, juicios, palabras, mandamientos, etc., todos significan una misma ley de Dios; y por eso siempre que aquel salmo en la iglesia oyéredes cantar, ó cuando le rezáredes, os inflama en cada verso en nuevo deseo de amar á Dios. Y porque para ser vuestra oracion y deseo cumplidos, entre otras cosas es la mas necesaria la humildad, encomiéndoos el cuidado desta virtud cuanto puedo, y que dado caso que el estado virginal que habeis escogido por la misericordia de Dios, le podeis tener por mas alto que el de las casadas, aunque no tan perfecto como el de las que, juntamente con la virginidad votada, prometieron obediencia, y pobreza, y clausura; empero nunca entre en vuestro corazon pensamiento soberbio, con que os oseis á vos anteponer á persona alguna; porque una cosa es comparar estado á estado, y otra persona á persona; porque como Sant Augustin dice, en el libro *De sancta virginitate*, puede la mujer casada estar aparejada para sufrir martirio por Dios, en el cual aun no sabeis vos qué tan fuerte estariades, y puede excederos en otras grandes virtudes del ánima, que monten sin comparacion mas que el exceso de gloria accidental, aunque fuese aureolado, que sobrepujan las vírgines á las casadas. Y por eso Sant Augustin, en aquel libro *De virginitate*, todo se empleó en alabar la humildad, casi olvidándose de la virginidad; porque sin la humildad, ni vale, ni luce, ni aun quizá es de dura la virginidad; y ya que durase, iria con las vírgines locas al infierno. Y por eso Sant Ambrosio, escribiendo á Demetriade, que fué virgen nobilísima romana, nunca hace sino encomendarle la humildad, y que no fie de sí ni ose estar segura, aun en lo que le paresce que su consciencia mas le certifica que acierta; sino que siempre tema y se recele de sí misma, pidiendo